

LA PROTESTA

PORTE PAGO SUPLEMENTO SEMANAL PRECIO: 10 cts.

U. Telefónica 0.478 — B. Orden

Redacción y Administración: PERU 1537

Valores y giros a M. TORRENTE

Fair-play, es el motto consubstancial del espíritu deportivo británico. Jugar caballerescamente y lealmente, es lo que un deportista inglés hará con inconsciente naturalidad. Es más: no concibe se pueda obrar de diferente manera. El *fair-play*, pues, gobierna rigidamente en la reducida órbita de todos los deportes del Reino Unido de la Gran Bretaña. De vez en vez y en cierta medida, entra también en las relaciones comerciales. En la política, menos. En las relaciones sociales de clase a clase, menos aún. Y ya en la guerra, ese espíritu británico procederá como en la guerra. No obsta ello para que con fineza diplomática velen o tapen sus horriblos crímenes con una pudorosa capa de sentimentalidad hipócrita. También esto es consubstancial a la sensibilidad británica. Es la imagen del cazador que apunta al ave que derribará con su escopeta y se enternece hasta las lágrimas antes de hacerlo. Y, con mucho pesar, aprieta el gatillo. Hay que vivir... Un cachorro *por sang de aristócrata*, o un plebeyo gozquejo de un *square* — propietario de campos — al ingresar en las vetustas universidades de Cambridge o de Oxford para ser vaciado en el molde del *gentleman*, lo fundamental que se le inculcará es la equidad y rectitud ceñida y severa a las leyes inmanentes del juego, nada más que para las leyes del juego. Claro, si es capaz de transportar este simulacro de moral a los juegos cruentos o incruentos de la vida, tanto mejor. Pero de no ser así, nada perderá; la moral del *gentleman* pierde menos con ello que si hubiere cometido una trampa jugando y no en el vivir cotidiano, aunque con ello hiciera la rutina de un semejante suyo o le quitara la vida a un su próximo pariente.

Esto en la isla de John Bull. Al salir, entonces, de la corta periferia de esta insula, la moral británica cambiará de especie y de perfil, transformándose totalmente para llegar desconocida, al trasladarse a las colonias de ultramar.

Allí imperará la ley del más fuerte. Y los más fuertes serán las grandes compañías financieras, los grandes consorcios de banqueros, los cuales se apoderarán de inmensas extensiones de tierras, esclavizando a varios pueblos.

¿Argumentos para fundamentar lo que hemos expuesto tan sumariamente, tan perentoriamente? No son necesarios. Hechos cantan. Ahí está la pauperizada India y las grandes carestías que padeciera durante el régimen impositivo de la dominación británica; y ahí se halla China, con sus entrañas desgarradas y una de las cuatro partes de su población enferma o intoxicada por el abuso del opio, introducido por grandes financistas ingleses. Ello, según nosotros, llevará el suficiente convencimiento al ánimo del lector, que el mentado *fair-play* inculcado por las universidades inglesas a los prohombres de Gran Bretaña, no entra en nada en los cálculos colonizadores de avanzada civilización occidental.

En artículos precedentes, dando una causa a los recientes disturbios de China, escribimos sobre el tráfico criminal del opio. Fuera de esta pingüe industria de la muerte, hay otras que son asaz numerosas: una de las principales las manufacturas de algodón y seda. Las matanzas ejecutadas con ferocidad inaudita por la policía inglesa en Shangay, en Cantón, fueron motivadas por el sistema de extorsión, instaurado a costa de las masas de obreros chinos, por las grandes empresas coaligadas de japoneses e ingleses.

En *Freedom* correspondiente a julio-agosto, hay una proclama enviada por el comité establecido en Shangay, donde da detallada cuenta de cómo se efectuaron las sucesivas masacres. Se lo leerá traducido más lejos. Detengámonos sobre unas ligeras noticias que informan del funcio-

Equidad... sólo en el juego

namiento interno de las manufacturas, regentadas por japoneses e ingleses.

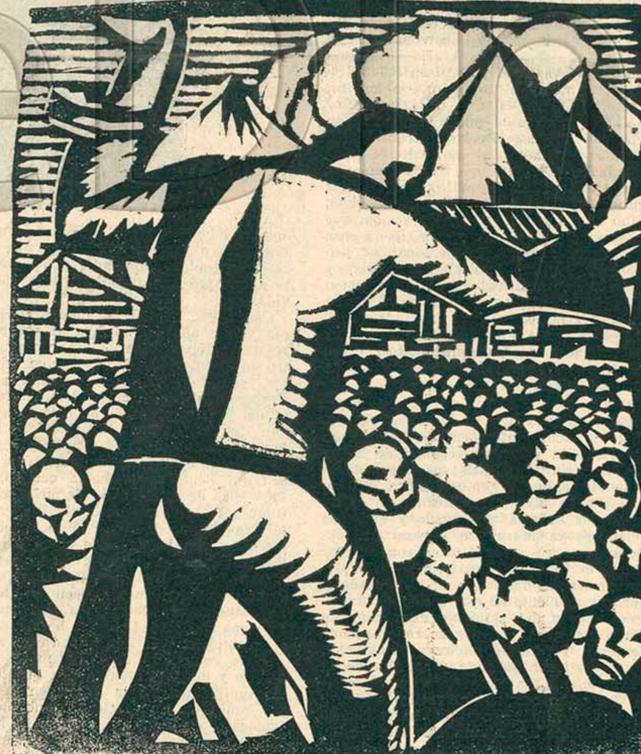
Seremos mesurados y cortos. En Shan-Hoi y en Shangay existen concesiones extranjeras — zonas neutrales —, donde fuertes empresas financieras han instalado grandes manufacturas de algodón y de seda. Allí, pues, no se permite rijan leyes chinas ni japonesas, y aún menos inglesas. Y en consecuencia, ni las leyes humanas ni las divinas — si existieran — no entran en nada, ni con nadie se meten, ni a nadie castigan y amparan. Allí, el capataz, el empresario, son los omnímodos cancerberos que guardan el ganado de esclavos para hacerles producir los más gordos dividendos, que irán a los bolsillos de los accionistas residentes *at home* — o sea en la vieja Adición.

ras al ser comparadas con ellas, sorprendió a esta niña durmiendo, después de un trabajo de diez horas. La apaleó tan brutalmente que hubo de ser hospitalizada durante varios días.

Es un ejemplo. Y naturalmente, cuando en el estallido de la indignación, se produjeron las huelgas contra tamaños horrores, la policía inglesa ha disparado con saña y ferocidad sobre la inermes multitud de niños, mujeres y hombres.

Pero léase esta proclama que, en esperanto, por la Shangay Esperanto Association, fué divulgada hasta los confines más lejanos de la tierra.

El siguiente artículo, traducido de *Freedom*, procede de la "Shangay Esperanto", Boone Road, Shangay, China. Esta asociación solicita se le envíe todo periódico escrito en esperanto, y también que a esa dirección se le remita la correspondencia.



El horario de labor para los obreros de esas fábricas, es de catorce a quince horas diarias. La paga oscila de un chelín a chelín y medio. A fin de ahorrar los salarios de los adultos, se emplean niños de cinco a seis años de edad; por una jornada de doce horas, se les abonan dos peniques. Los capataces no trepidan en apalear friamente a los muchachos remisos y perezosos. Uno de los casos que soliviantaran más los ánimos de las masas obreras, fué el de una chiquita. Una de aquellas fieras que insultan a las fie-

Se titula — en inglés — *Versión china de las masacres de Shangay*: "En nombre de los habitantes de Shangay, en el nombre del pueblo chino y en el nombre de todos los miembros de la humanidad, protestamos contra las crueldades perpetradas en el barrio internacional por la sanguinaria policía inglesa que, sin hallarse en el caso peligroso de defender sus vidas, durante tres días disparó sus armas, cometiendo horrenda carnicería,

en la cual perecieron veinte estudiantes, ciudadanos y trabajadores, quienes de nada eran culpables y se hallaban completamente indefensos.

... He ahí los hechos:

En el último mes (mayo) se produjo una huelga en las hilanderías japonesas de algodón. Los huelguistas vencieron; los dueños hubieron de conceder los pedidos. Sin embargo, cuando los obreros regresaron al trabajo, los japoneses se negaron a mantener sus promesas. Mientras los trabajadores intentaban protestar por esta falta de cumplimiento de lo estipulado, los propietarios, auxiliados por empleados superiores y capataces, empezaron a disparar sus armas contra la masa de los obreros, matando dos e hirviendo siete. Después del crimen cobarde, realizado a mansalva, por orden del común inglés se hizo arrestar un gran número de trabajadores. Además mandó secuestrar toda la edición del periódico chino de la localidad, donde se publicaban las noticias de los incidentes y se relataban las crueldades cometidas a tan buen precio. En mayo 24, se arrestó a varios estudiantes, por hablar en las calles, que pertenecían a varias universidades. Para protestar por la detención de obreros, civiles y estudiantes, las corporaciones estudiantiles y las proletarias, el día 30, empezaron a distribuir manifiestos y numerosos oradores hablaron en las plazas y calles de Shangay. Esa tarde en Nankin-Road se reunió una inmensa muchedumbre, ya que ésta es una de las principales arterias de esa ciudad. Otra vez la policía hizo numerosos arrestos; pero la multitud, a pesar de ello, se negó a dispersarse. Entonces el jefe de policía de las fuerzas inglesas dió la señal para que se empezara a hacer fuego. Cuarenta descargas se sucedieron con rapidez extraordinaria, dirigidas a una masa compacta de mujeres, niños y personas que no poseían arma alguna con que repeler el ataque. Este tiroteo duró siete minutos, cayendo seis personas muertas y más de diez heridas. La sangre corría por las calles, como agua. Entre los asesinados se hallaban tres jóvenes estudiantes, varios trabajadores, algunos comerciantes y otros que se encontraban por casualidad en el lugar del suceso. De la multitud que se hallaba allí, nadie sabía cuándo llegaría su último momento. Fué un momento de terror pánico.

Como consecuencia de este crimen horrendo, se declaró la huelga general, siguiéndose nuevas masacres, nuevas revueltas en casi todas las calles de Shangay. No hay que preguntar de qué parte se encuentran los culpables. En esta vasta tragedia, en la que perecieron muchas vidas humanas, los miembros de la población china, no poseyendo arma alguna, fueron los que cayeron en mayor cantidad. Numerosos, muy numerosos fueron los muertos y los heridos asiáticos, que diariamente se hallaban tendidos en las calles de Shangay y de otros ciudades.

A los lectores desapasionados les presentamos algunos puntos sugestivos y reveladores en forma de interrogantes: El primer día la policía, al hacer fuego sobre la multitud, ¿lo hizo sólo en su defensa? ¿cómo puede acontecer jamás, que un puñado de jóvenes estudiantes inermes, sin un cortaplumas en sus bolsillos, no temiera atacar a una tropa armada con equipo de guerra? ¿de qué manera se hubiese podido producir un ataque por parte de una muchedumbre, también desarmada y situada a seis pasos de distancia de sus verdugos, o sea de la policía, que la tenía rodeada? ¿cómo se explican los ataques de los civiles a los soldados, si todos los proyectiles encontrados en los cuerpos de heridos y muertos les habían entrado por la espalda o en las partes traseras?"

No fueron rebeldes ni amotinados los que, perdieron la vida, sino pobres víctimas, mártires, a pesar de ellos. Es que

más les hubiese valido ser rebeldes y amonados; por lo menos habría ugan cuantos verdugos menos para que sigan cebando sus apetitos sanguinarios con la ratanza de niños, mujeres y ancianos indefensos.

La prensa obrera en los E. Unidos

En los Estados Unidos, bajo la influencia del ambiente de los grandes negocios, todo se comercializa, incluso debió haberse comercializado la prensa obrera, pues no podemos creer que ese país constituyese jamás un baluarte de la contrarrevolución si el período enmascara de proletario quedara fiel a los ideales de la revolución y ofreciera la menor resistencia a la corrupción general.

Tenemos ante la vista el *American Labor Press Directory*, publicación de la Rand School of social science, New York, 1925. Es una nomenclatura de toda la prensa obrera de los diferentes matices que se publica en Estados Unidos y Canadá. En conjunto se señalan en esa publicación para los Estados Unidos no menos de 480 periódicos. De ellos pertenecen a la American Federation of Labor 88, a los I. W. W. 15, al movimiento cooperativo 21, al comunismo 29, etc. Los anarquistas, en idioma inglés no cuentan en Estados Unidos más que con un periódico, *The Road to Freedom*. Pero la publicación de que tomamos estos datos olvida, por ejemplo, el semanario anarquista *Cultura Obrera*, de New York y posiblemente algunos otros.

Sin embargo, aun teniendo presente las pocas omisiones de alguna importancia, bien podemos decir que en el concierto de las voces supuestamente proletarias, la anarquía no representa nada en los Estados Unidos. Eso extrañará tanto menos cuanto que sin conocer el país más que por los datos que de él nos llegan, nos creemos con derecho a afirmar que de los 480 periódicos obreros, se pueden contar casi con los dedos de ambas manos los que defienden la causa del trabajo contra la causa del capitalismo.

El concepto *periodismo obrero* estaba ligado más o menos intensamente al concepto *revolución*; el ejemplo de Estados Unidos y un poco por todas partes nos pone ante la necesidad de una rectificación. En nombre del proletariado se pueden entender cosas contradictorias y en nombre de *prensa obrera* se pueden entender tanto las publicaciones sinceramente revolucionarias como las que sirven abiertamente a la reacción. Actualmente la prensa obrera que sirve los intereses de los enemigos del proletariado, es mucho más numerosa en todos los países que la que defiende los intereses del proletariado. Y, cada vez más, los únicos periódicos que quedan fieles a la acción revolucionaria primitiva del periodismo obrero, son los periódicos anarquistas; de cualquier otro matiz es preciso desconfiar en principio. Esta no es ninguna afirmación de sectarismo, por desgracia; no quisieramos nada mejor que hubiera otros esfuerzos revolucionarios, independientes del nuestro, que partieran de puntos diferentes y marcharan por vías diferentes para llegar al mismo fin; pero no es así, y no es con gritos de triunfo como constatamos la degeneración del periodismo obrero, sino con profunda inquietud.



Ya apareció el segundo volumen Precio: \$ 1.50 m/n

La belleza moral de la anarquía en Eliseo Reclus

Mientras se está publicando en las diversas lenguas la *Ética* de Kropotkin, en la que el anarquista y el estudioso podrán buscar y hallar el modo en que el pensamiento libertario ha brotado de toda la evolución de las ideas desde los tiempos de la prehistoria hasta hoy, se ha terminado de publicar en Francia entre la desatención de los más otros libro, modesto en el título, pero que tiene una no menor importancia — y quizá la importancia es mayor — para quien quiera comprender la esencia de la anarquía, de su filosofía y de su moral no ya solamente desde el punto de vista doctrinario y cultural, sino como sentimiento y voluntad, como factor psicológico y de educación.

Quiero hablar de la *Correspondance* de Eliseo Reclus, de que ha aparecido hace poco el tercer volumen (1), el último y el más importante desde el punto de vista anarquista, del epistolario de este puro y austero caballero del ideal, ya que precisamente en el período de su vida que transcurrió desde 1875 a la muerte (1905) más se ocupó con un criterio bien firme y ya del todo definitivamente anarquista de los problemas políticos y sociales que tanto han agitado sus tiempos.

Es sabido que Eliseo Reclus, absorbido por sus estudios científicos de los cuales se había hecho como una misión, escribió muy poco sobre las teorías anarquistas: después de aquel admirable *Évolution, Révolution et Idéal anarchique* arreglo de una conferencia de antes de 1880, no ha dado a la literatura anarquista de propaganda más que algunos artículos y dos o tres opúsculos. Prefirió ser anarquista a través de un inmenso trabajo científico que duró más de medio siglo, penetrando de sus ideas y de sus sentimientos todas sus obras, que forman por sí solas una biblioteca.

Pero como el científico tenía el deber de ser lo más posible impersonal y objetivo, en sus obras de geografía — las cuales por su vastedad no se leen todas desde el comienzo al fin, pero son hoy un material de consulta — sólo un lector atento y prevenido puede discernir con claridad al Eliseo Reclus anarquista. En la *Correspondance*, al contrario, el anarquista es la figura que resalta más; y no el anarquista dogmático, de fórmulas programáticas, o el teórico de gabinete, sino el anarquista vivo y de acción, que ama y odia, que sufre y goza, que piensa y juzga y combate. La personalidad psicológica y moral de Reclus surge viva y palpitante, mostrándonos el espectáculo de la más bella armonía entre el pensamiento y la acción, toda una vida de coherencia y de dignidad en la que las ideas nacen de los sentimientos, y los sentimientos están en perfecta relación con las ideas.

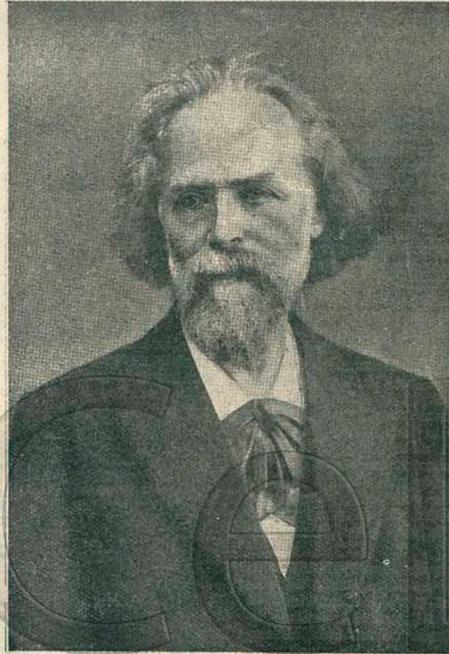
Eliseo Reclus, como se sabe, se hizo de claridad anarquista en torno al 1870, bajo la doble influencia del apostolado de Bakunin y de las lecciones de hecho de la Comuna de París; pero leyendo el epistolario, que se remonta hasta 1850, se comprende bien cómo Reclus no podía dejar de hacerse anarquista, y que más bien era ya anarquista, a pesar del lenguaje místico y republicano con que las ideas de igualdad y de libertad se expresaban más comúnmente en 1848, desde el primer momento en que, salido de la adolescencia y del ambiente estrechamente familiar, puso los ojos sobre el mundo exterior y formuló juicios y votos sobre las cuestiones políticas y sociales de su tiempo.

Tal como comenzó a ser desde el primer momento, así continuó hasta el último instante de su vida. Sus ideas, naturalmente, se desarrollaron, se precisaron, dejando a lo largo del camino las inútiles escorias, los presabios de algún viejo prejuicio aceptado al principio sin haberlo aún pasado por el cernidor de la razón,

(1) E. Reclus, *Correspondance*, Tom III. Edit. Alfred Cortes, 8, rue Monsieur-le-Prince, Paris, 1925, fr. 10. — (Los dos primeros volúmenes aparecieron en 1911 publicados por la firma Schleicher Fr., de quien Cortes es sucesor).

y substituyendo a fórmulas aún vagas otras rigurosamente respondientes a la deseada orientación de su vida y al fin entrevisto de su alma.

Pero la orientación tomada fue mantenida constantemente; el fin último fue siempre el mismo. La vía escogida y recorrida desde los primeros albores de su vida era la buena, y no la abandonó más. A lo largo del camino, adquirió mayor conocimiento de su itinerario, de las etapas a recorrer, de los medios más buenos a adoptar, del lenguaje más correspondiente a usar. Modificó, corrigió, perfeccionó su actitud a la luz de la ciencia y de la experiencia; pero continuó siempre por



aquella misma vía, y el paso sucesivo no era diverso del precedente sino por ser más mesurado e iluminado, más consciente y más próximo al objetivo ideal de su vida.

Desde que, en 1850, cuando apenas tenía veinte años, anunciaba al padre su retorno a Neuwied, en el Rin, como maestro en el colegio de los Hermanos Moravos, "sain de corps, léger de bourse, plein d'esperances" y a la madre adorada le escribía que mejor sería hacerse "homme mir, tout en gardant la naïveté de l'enfance, à la fois doux et simple, généreux persécuteur de l'idéal, impatient des bornes que l'enferment" hasta cuando, en 1905, más de medio siglo después, se extinguía serenamente, feliz al oír leer los telegramas que de Rusia anunciaban las fases de la revolución de aquel año, el ideal supremo, el guía y fin a la vez de Eliseo Reclus, fué siempre el mismo: trabajar constantemente y con desinterés, mejorándose sin descanso a sí mismo y en plena solidaridad con los hermanos de fé, en mejorar a la humanidad entera, en hacerla consciente de sí misma, de su pasado y de su porvenir, para que todos los individuos que la componen acaben por constituir una sociedad concorde de iguales y de libres, unidos en la realización siempre creciente de una justicia superior.

Creyente en Dios y republicano en 1850, ya anarquista y ateo en 1870, como permaneció hasta la muerte, habiendo paulatinamente modificado y aclarado sus conceptos sobre la revolución y sobre todo lo referente a los medios materiales y exteriores, lo que Eliseo Reclus había acogido en el cerebro y en el corazón, para no abandonarlo nunca más, fué la idea de una siempre mayor igualdad y libertad de los hombres, a través de la perenne revuelta contra la tiranía y la injusticia

y con la realización progresiva del amor; y a la par de ella el concepto, que nosotros los italianos podemos decir mazziniano, del deber del individuo, que quiere batirse por el mejoramiento de la sociedad, de comenzar en sí mismo la deseada revolución, rebelándose a las tendencias malsanas heredadas de la animalidad ancestral, libertándose de la tiranía de los propios egoísmos más bajos, purificándose en una palabra para acercarse al ideal humano ambicionado y para ser un eficaz preparador y realizador.

Estas ideas fluyen constantemente de toda la *Correspondance*, no en una forma que sería inútilmente predicadora y aburridora, sino a través de las más espontáneas expresiones, de la narración de hechos y cosas ajenas, a veces de una sola palabra, de un simple interrogante o de una exclamación.

Tal vez es un daño para nosotros, buscadores de documentos sobre el pasado de movimientos y de personas que

cha gente toma hoy por bueno todo lo que es resignado, humilde, servil. Nada de semejante, en cambio, en Reclus, que era de veras un revolucionario y un rebelde a la vez. Su bondad era la bondad de quien, virilmente, sabe también odiar lo malo, lo feo y lo falso, oponerse a la injusticia, repeler la violencia con la violencia, comprender los mismos estallidos de la exasperación y de la desesperación. La de Reclus era, en suma, una bondad militante y combatiente, no renunciadora y tolstoyana.

Para demostrar todo lo que hemos dicho, deberíamos citar frases, trozos y páginas enteras de este epistolario. Pero entonces estaríamos en un gran embarrado, porque habría que citarlo todo. Nos auguramos que las cartas de Reclus sean leídas, reproducidas, traducidas en los periódicos y revistas de propaganda y de educación; es el mejor modo de difundir su enseñanza y sobre todo su influencia educadora. No hay carta, se puede decir (aparte de las de pura erudición), que no pueda resultar profícua y a propósito en determinadas circunstancias o para algún importante problema en discusión.

Estas cartas se leen con placer y con una gran confortación moral, todas, aún las de erudición, porque quien habla no es nunca el docto de cátedra, sino el amigo, el hermano, el igual que habla a su semejante, y habla siempre con una afectuosidad y una dignidad, a la vez, que no se desmiente nunca, ni siquiera en los casos más dolorosos o penosos. Las cartas al padre y a la madre, a la hermana y al hermano, a los parientes, a los íntimos amigos exhalan una dulzura indecible. Pero qué bravura en las cartas a los compañeros de ideas, sobre todo a los adversarios, cuando se trata de defender su anarquía de los ataques ajenos, particularmente los llevados con mala fé! ¡Y qué ironía le sugiere cada esfuerzo inane de los poderosos para detener los progresos, que él constata con entusiasmo a medida que se realizan!

No sabríamos cuál de los tres volúmenes de la *Correspondance* es más interesante. Para nosotros los anarquistas, naturalmente, lo es más el tercero y en una mitad el segundo, en que se sitúa el eco de la Comuna de París, de la Internacional, de los primeros motines anarquistas en tiempo del proceso de Lyon y del "Révolté", del período terrorista del anarquismo desde 1891 a 1894; pero también las otras partes, donde Reclus habla de sus viajes de geografía, donde hace tantas observaciones históricas, morales, estéticas, son de un gran interés. No faltan las cartas en que trata de convertir a las ideas anarquistas a alguna persona amiga, y en éstas alcanza la máxima eficacia con los más sencillos argumentos del sentimiento y del buen sentido.

Notables también, aunque más raras, las cartas a los compañeros de fé en las que da consejos, trata de corregir alguna idea errónea, algún carácter mental; pero en general evita hacer de consejero. La gran confianza que tenía en los compañeros llegaba a veces a un punto que puede parecer y era en verdad excesivo, como cuando escribía a unos "haced y haréis bien" y a otros "hacedos una opinión sincera y razonada, y será la verdadera". Y así cuando (como narra Kropotkin) a quien iba hasta él para ayudarlo en algún trabajo de ciencia o de propaganda, decía: "Ahí tenéis libros, sentaos y haced como queráis."

Pero quizá cuando mostraba a sus compañeros y cooperadores tanta estima y confianza — a menudo no muy merecida — él, inconsciente o conscientemente, no hacía más que usar de un método educativo de indudable eficacia sobre las almas sensibles y no echadas a perder aún por el ambiente. Con frecuencia el mostrar confianza en alguien ayuda a inspirarle esa confianza en sí mismo que antes le faltaba. Suponer buenos a los hombres, darles la sensación de ser considerados tales, a menudo logra hacerlos buenos de veras, apartarlos del mal.

No nos cansaremos nunca de repetir que el mayor valor de este epistolario es de carácter educativo y moral. Que los jóvenes lo lean; y si después de haberlo leído vienen a la anarquía, serán indudablemente buenos compañeros, porque habrán adquirido para serlo ese sólido fundamento espiritual, sin el cual se puede ser intelectualmente capaces de comprender la anarquía como fría teoría, no de sentirla como ideal de vida humana.

La doctrina, el programa, los métodos de agitación y de lucha, etc., son induda-

Ideas y comentarios íntimos

II ¿LA CRITICA AL MALVADO O LA EXALTACION DEL BIEN?

Habíamos concluido que si bien era verdad que el éxito no coronó nuestra campaña en pro de la orientación obrera del anarquismo, en cambio están de par en par abiertas las puertas para la labor tendiente a la orientación anarquista del movimiento obrero. Y entre una perspectiva de infructuosas polémicas, por una parte, y de fecunda labor revolucionaria, por otra, no hay derecho a vacilar. Pero la falta de éxito, ya lo hemos dicho, está lejos de ser una demostración de la inexactitud o de la debilidad de nuestras ideas. El porvenir dirá quien ha tenido razón y verá también quien es el que se ve forzado a modificar sus actuales apreciaciones revolucionarias. En todo caso habrá de reconocerse que hemos procedido noblemente, que nos han guiado las mejores intenciones y que, si la finalidad perseguida no fué lograda, al menos pudimos romper algunos sofismas y algunos dogmas y abrir una brecha en el espíritu del rutinarismo. Hemos aquí molidos a palos, pero orgullosos de la batalla reñida por la anarquía. Alrededor de nuestros nombres se ha tejido toda una leyenda espeluznante, pero nuestras ideas rechazadas por el curioso frente único compuesto de los elementos más heterogéneos, han marcado ciertas huellas y llegará la hora de su reconocimiento.

Conocemos un poco la situación actual del movimiento anarquista internacional, y hemos revisado, ansiosos de conocer nuestro propio pasado, muchas de nuestras mejores publicaciones. Sin temor a ser rebatidos, creemos tener derecho a esta afirmación: en ningún periódico revolucionario del mundo, viejo o nuevo, se ha hecho una disección tan despiadada y tan sólida de la inmoralidad reinante en algunos medios anarquistas, como la que se hizo en nuestras publicaciones en estos últimos años. Algunos de los nuestros, especializados en esa crítica al mal y a los malvados, son dignos de ocupar un capítulo de la historia de nuestro movimiento. Jamás se ha visto una revelación más franca y una condena más enérgica de las excruciantes amoralidades del mundo capitalista y autoritario, refugiadas en el anarquismo. Tal vez el ataque haya sido demasiado rudo, demasiado inesperado y haya estado demasiado en contraste con el silencio cómplice y cobarde de años y años de tolerancia excesiva. Podríamos decir que faltó diplomacia en la exposición de verdades tan dolorosas para los no afectados por ellas y tan aplastadoras para aquellos a quienes se dirigían, directa o indirectamente. Concedamos que los cirujanos no fueron retenidos por consideración egoísta alguna ni por cálculos y prevenciones psicológicas. En una palabra, digamos que les faltó tacto para hacer reconocer su obra de saneamiento y de moralización sin precedentes. Pero que no comprendieron dónde estaba el mal, que no vieron claramente las

blemente necesarios, más bien indispensables, porque el solo sentimiento podría traicionar nuestra buena fé y hacernos atraer por ilusiones peligrosas. Pero si el sentimiento moral, toda verdad del anarquismo sería de todo insuficiente y estéril. Ahora bien, la *Correspondance* de Eliseo Reclus es una suscitadora y educadora del sentimiento moral anarquista de un valor inestimable. Es preciso que este valor sea utilizado en interés de nuestra causa.

Luigi Fableri

consecuencias presentes y futuras de la invasión del amoralismo y de la corrupción, que no expusieron con claridad las lagas de nuestro movimiento, eso no es posible decirlo. ¡Cuán dichosos seríamos si se pudiera decir: han sido exagerados, el mal no es tan grande como dijeron, el movimiento anarquista no adolece de los vicios que le fueron atribuidos en nuestra prensa! ¡Con cuánto placer pediríamos una rectificación a los cirujanos de hierro que emprendieron la lucha contra el mal y los malvados desde las columnas de nuestros periódicos! Por desgracia, la veracidad de sus asertos, la superioridad de sus críticas y la exactitud de sus golpes no pueden ponerse en tela de juicio. Esta es la verdad, la dolorosa, la penosa verdad.

Acabamos de repasar los manuscritos de un próximo libro alemán debido a la pluma de uno de nuestros más sabios camaradas: se trata de la biografía de Eliseo Reclus, uno de esos raros santos laicos que representan el ideal moral del hombre libre y del hombre bueno. He aquí, nos hemos dicho, al pensar en Eliseo Reclus, de qué manera habría que combatir y hacer la guerra a los malvados, es decir, haciendo la guerra al mal y a sus causas, teniendo siempre una palabra de persuasión y de bondad en los labios, cerrando los ojos o pasando por alto los malos aspectos de un hombre y exaltando sus buenas cualidades, para que de esa forma llegue a reconocer por sí mismo la buena vía.

Hay dos maneras de encaminarnos al ideal superior que anhelamos para nosotros y nuestro ambiente: el repudio del mal y la exposición del bien. La experiencia hecha en los años de crítica despiadada al mal en los malvados, nos ha debido llevar a la constatación de que los resultados obtenidos no están en concordancia con los esfuerzos hechos. Probemos la otra táctica: supongamos un hombre cualquiera; tiene algunos defectos y algunas cualidades, como todos los hombres. Cerremos los ojos a sus defectos y exaltemos la parte buena y la parte noble que existe en él, hasta que el crecimiento y el ejercicio de la bondad y de la nobleza sofocan en él, por sí mismas, la parte mala, inmoral y perversa.

No hace mucho dábamos ese consejo a un viejo militante que mantiene una enemistad de hace más de treinta años con otro; hemos reconocido que las críticas hechas tenían razón de ser, que el objeto de la enemistad había cometido muchos errores y muchas faltas, pero también hemos reconocido que tenía buenas cualidades, y nos hemos planteado esta pregunta: ¿no hubiera sido mejor haber matado las malas inclinaciones en él desde el principio por el reconocimiento de sus buenas cualidades y por el estímulo al ejercicio de las mismas? Esta apreciación que hemos hecho ante un caso clásico de enemistad y de odio tradicional entre dos conocidos propagandistas del anarquismo, deberíamos probarla en nuestras disidencias internas.

Es preciso confesar que nuestro temperamento impulsivo no siempre nos permite la serenidad de un Eliseo Reclus y al que nos lanza una injuria, solemos responderle con una injuria y media. Nos queda la satisfacción de no haber comenzado nunca una disidencia o un ataque abierto; ahí está toda nuestra prensa para demostrar que no partió de nosotros una sola flecha contra un adversario de dentro, contra un camarada, sin que ese adversario o ese camarada no nos hubiera provocado antes. En última instancia, nos queda esa satisfacción que justifica psicológicamente nuestros exabruptos. Pero esa satisfacción no es suficiente, porque no se trata de nuestras personas, sino del movimiento anarquista y de la preparación revolucionaria. Si seguimos como hasta ahora, afirmaremos odios personales que no se extinguirán más que con nuestra muerte o con la muerte de nuestros adversarios.

O tenemos fe en nuestra propaganda o no la tenemos. Es imposible que no confiemos a la persuasión y a la bondad el mejoramiento del carácter y la rectificación de la conducta de nuestros camaradas y de todos los hombres tarados por vicios inculcados en su sangre por el sistema de explotación y de opresión que vivimos. Tenemos la esperanza de convencer de la bondad de nuestras ideas a la humanidad entera, y habremos de desesperar ante los malos aspectos de los que ya dieron un paso hacia la anarquía al sumarse a nuestras filas? Hay momentos de irritación que nos hacen dudar de que el movimiento anarquista represente hoy un valor moral superior al mundo burgués; se encuentran entre nosotros gentes indignas, individuos relajados y corrompidos que hacen más daño que beneficio a nuestro movimiento con su presencia; pero cuando Reclus tropezaba con entes de esa catadura, pensaba en aquellos otros que, en cambio, por la rectitud de su conducta, por la nobleza de su proceder, conquistaban para la anarquía admiración y respeto. Imitemos en lo posible a Reclus: cuando nuestra propaganda y los frutos de nuestra labor son amenazados por individuos que se dicen camaradas, pensemos en el ejemplo de los que hicieron de la anarquía un motivo de superación y se atrajeron el respeto de sus contemporáneos y la admiración de sus sucesores.

Abandonemos la crítica directa al mal y a los malvados, sobre todo, cuando dicen formar parte del movimiento anarquista, y tratemos de exaltar el bien, la grandeza de espíritu, la nobleza del corazón. Experimentemos en ese sentido, tanto más cuanto que, en el fondo, cuando miramos introspectivamente y pulsamos nuestros más íntimos sentimientos, no abrigamos odio hacia nadie, y el espíritu de fraternidad que nos anima apenas puede ser contenido. Sentimos una imperiosa necesidad de poner en ejercicio una riqueza natural que ha sido constreñida a la inactividad durante varios años de luchas duras e incansables. Obra con los demás como quisieras que obraran contigo. Que sea esta nuestra máxima. ¿No hemos experimentado nosotros mismos alguna vez una cierta simpatía personal para el adversario en ideas, que nos trató con cordialidad? ¿Y, no nos hemos levantado airados contra él que, para señalararnos un error eventual, ha herido nuestros sentimientos personales?

En fin, nos parece haber deducido una conclusión de las tristes experiencias hechas: que el mal y la maldad hay que superarlos, no con la crítica directa y personal a los malvados, sino con el bien, con la exaltación de las cualidades, con el ejercicio de la bondad, de la fraternidad y de la justicia. Y si en último resultado no fuera esa tampoco una verdad definitiva, ya hemos visto que la labor en el sentido anteriormente mencionado está lejos de haber curado los defectos de los unos y de haber hecho mejores a los otros. ¿Pero es que no se ajusta más a nuestra naturaleza la lucha contra el mal con el arma del bien, la lucha contra la injusticia con el arma de un sentimiento y de una práctica de equidad?

D. Abad de Santillan



CHOLO

Un conventillo. Es decir, una ciudad en pequeño, con todo lo malo de las ciudades: allí falta aire puro, no hay sol, tampoco luz... Pero existe una pequeña diferencia entre el conventillo y la ciudad: en el conventillo, la suciedad se amontona fuera, en el patio, y dentro de sus cocheras — las llaman piezas —; en cambio, en la ciudad, por fuera, en las veredas de sus calles, se ve mucha limpieza y elegancia, hasta se pretende colocar en ellas obras de arte; pero en sus casas, ¡oh! sus casas...

El conventillo es más sincero que la ciudad. La ciudad es hipócrita, sus hombres... ¡también! Los hombres de las ciudades nacen hipócritas, viven hipócritamente, reproducen hipócritas — y hasta para procrear usan la hipocresía — y mueren siendo hipócritas. Durante su existencia se torturan por continuar hipócritas aún después de muertos; déjese hablar a los monumentos, mausoleos, placas, cruces de sus tumbas...

Pues bien; en una de las habitaciones de aquel conventillo había instalado su taller un viejo zapatero. Contaba sesenta años y seguía remendando calzados y claveteando suelas; era un proletario robusto todavía. Logró sustraerse a la regla general de su clase y aún no había muerto de hambre, ni la tuberculosis habíale succionado la vida, ni la roña y los parásitos habíanlo consumido. Compartía su pieza con un nietecito, un ser que condenaron a vivir su hijo, que no escapó a la regla general de su clase: dejó la vida en un accidente de trabajo; y una enclenque mujer que tampoco escapó a esa misma regla general, pues la tisis, succionando, succionando, fue llevándole poquito a poco, hipócritamente, (la tisis es ciudadana) los pulmones.

El niño se llamaba Cholo, él no se conocía otro nombre. Así lo nombraban su abuelo y la gente del conventillo. Cholo tenía cinco años, una complexión débil y un aspecto vulgar, como el de todos los chicos del conventillo: feo y enfermizo. Los rostros de estos chicos llevan dos sellos, dos marcas de fábrica de nuestra sociedad. Son sus ojos, cansados prematuramente, de una tristeza dolorosa, que sólo los hace comparables a los de los bueyes. Predestinados a un yugo, nacen con mirada boyuna.

Cholo pasaba los días junto a su abuelo, entre emanaciones de pomadas y suelas, observando con atención siempre, cómo éste operaba. Era su deseo hacerse pronto grande; cuando lo fuera, también escogería el oficio de zapatero. Por eso se guía minuciosamente, todos los días, la tarea del anciano; embesibase en los menores detalles, estudiaba. Ya le era útil al abuelo en el oficio. La vista de éste iba, fatal y paulatinamente, apagándose y, no obstante usar anteojos, el viejo oficial tropezaba con enormes dificultades en el claveteo de las suelas. Era en esta parte del oficio que Cholo suplía. El abuelo recordaba la suela, la aplicaba sobre el zapato y asegurábala en él con dos clavos que plantaba en medio de aquella. Era entonces cuando Cholo entraba en funciones: con un lápiz trazaba una línea en la suela, paralela al borde, a fin de que los clavillos conservaran alineación, luego con la lezna hacía pequeños agujeritos sobre la línea trazada, e inmediatamente, colocando las tachuelas en las perforaciones, clavaba. Esto último era lo más sabroso de su ocupación; Cholo sentía un gran placer al aplicar martillazos sobre los clavos que, a cada golpe aplicado certeramente, se hundían en la suela, quedando tan sólo en la superficie el sombrerito dorado. Experimentaba una sensación de fuerzas, de vigor, de robustez placentera al empuñar el martillo.

Esperaba ampliar pronto sus conocimientos. Había aprendido a coser las suelas; pero esta operación requería fuerzas para estirar convenientemente el hilo, y Cholo no las tenía. Era muy débil. Abuelo — como lo llamaba Cholo — subrayaba con una bondadosa sonrisa los adelantos de su nieto. Sentía por el niño un gran amor, el inmenso amor de quien sufrió mucho y que se encuentra solo, muy solo en la vejez y en la miseria. To-

do el gran cariño que es capaz de contener el corazón del hombre más bueno, aquel viejo zapatero lo había derramado sobre el niño que lo conservaba en la vida: su nieto. Sin Cholo, ya se hubiese quitado de en medio de los hombres. Pero quería vivir por Cholo, hasta que Cholo pudiera ganarse la vida; después ¡qué le importaba morir!, cuanto antes mejor. Abridaba la sombría inquietud de que sus deseos no se realizaran. Sentíase falto de vigor. ¡Oh, aquel reumatismo que le atenaceaba los miembros, que se los hinchaba y deformaba grotescamente, que le impedía moverlos! Adivinaba, desesperado, que no lo soporta-



ría por mucho tiempo. Moriría, sí, sin que Cholo se hallase apto para ganarse un mendrugo. ¿Qué iba a ser de Cholo "después", cuando... cuando él ya no viviera?...

Absorto en estas reflexiones trabajaba Abuelo, mientras Cholo, sin reparar en ellas, daba alegres y estrepitosos golpes de martillo.

Abuelo cada día sentíase más débil y dolorido. Pasaba noches horribles de dolor e insomnio. Cholo, que se acostaba en la misma cama, tampoco conciliaba el sueño al sentir cómo el anciano se revolvía y daba gritos dolorosos. A menudo lo oía sollozar. Y Cholo lloraba también, quedamente, con el rostro vuelto sobre la almohada. Sucedió a veces que el niño dormía al fin, extenuado; pero un grito de Abuelo despertábalo. Este grito resultaba a Cholo sumamente desagradado entre sueños y, apretaba su carita a la barba de aquél, mientras exclamaba, ganado de un temor misterioso: — ¡Abuelito!... ¡Abuelito!...

Y lo besaba. Sus besos eran devueltos: unos bigotes pinchaban sus mejillas y, al mismo tiempo, algunas lágrimas caían y se deslizaban sobre ellas.

Una mañana, Abuelo no pudo levantarse. No podía mover sus miembros sin que los agudos dolores reumáticos lo martirizaran. Después de una penosa noche estaba extremadamente débil y fatigado.

Tres semanas hacía que Abuelo guardaba cama, privado de todo movimiento.

Acostado sobre las espaldas, con el rostro hacia el cielo, permanecía inmóvil todo el tiempo. Sólo sus ojos se movían y, de tanto en tanto, dos lágrimas lo preñaban y caían silenciosamente. Los labios latían en un continuo rezo, medio veultos entre un blanco mostacho y descubriendo algunos dientes ennegrecidos por el tabaco.

Algunas personas del conventillo habían dado aviso a la Asistencia Pública. El practicante dictaminó, frío y acerado como un bisturi: no le concedía un mes de existencia.

Como Abuelo no trabajaba ya, pronto se dejó ver la miseria desesperada y, con ella, el hambre. Los primeros días, algunos inquilinos llevábanle algo para que merendaran. Pero, el viejo no moría, y todo cansa, hasta la caridad cuando se ejerce con pobres que no podrán devolverla; al fin se olvidaron de llevar alimentos diariamente. Sólo de cuando en

Descubrió que todos los habitantes del conventillo también se ocupaban en algún trabajo y, por eso, llevaban monedas en los bolsillos. Conoció que las monedas eran unos objetos preciosos que se consiguen trabajando. Nunca pensó en ello. Ahora sí, pues sólo con monedas podía tener pan, fiambre... ¡muchas cosas! ¡Y, si todos necesitaban trabajar para tener monedas con qué adquirir alimentos, por qué no hacerlo él, Cholo? Había visto a los chicos de su edad que lustraban botines. También a los lustrabotas les daban monedas. ¡Por qué no hacerlo?... ¡Qué lindo sería comer!...

Esta idea ocupó enteramente el cerebro de Cholo. ¡Sí, lustraría botines! Se procuró un cajoncito, llevólo a su pieza y dedicóse a reformarlo como los de los lustradores que había visto. Abuelo oía los martillazos que daba su nieto; pero no pudo enterarse de aquella tarea, debido a que lo poco que su enfermedad le permitía volver el cuello era insuficiente.

Por fin, Cholo salió una mañana con su cajoncito al hombro. Contenia éste unas cajas de betún que Abuelo usaba en su oficio, un cepillo, un trozo de cera y una tira de paño. Todo tamborileaba dentro del cajón mientras el niño se trasladaba a la esquina que de antemano había designado.

Aquí se halló ante imprevistas dificultades. Estaba ya ocupada por otros lustrabotas. Era una esquina proficua en parroquianos, a causa de haber en ella un café. Los lustrabotas no le permitieron que compartiera la esquina y lo rechazaron con indignación y brutalidad. Resolvió situarse enfrente.

Allí no daba sol, como en la otra esquina, y un viento helado empujaba los ojos y la nariz de Cholo. Sus mejillas tenían así un aspecto más desecado que de costumbre. Su voz, poco experta, lanzaba tímidos gritillos en un principio, luego fue haciéndose más segura y potente:

— ¡Se lustra!... ¡Lustra!...

Pero todos los peatones pasaban indiferentes. Unos aparentaban no oír sus gritos; otros meneaban la cabeza y seguían andando.

— ¡Se lustra!... ¡Se lustra, caballeros!... ¡Lustra!...

Casi todos los transeúntes tenían sus lustrabotas de preferencia; y sucedía que pasaba ante Cholo y hacíanse lustrar los zapatos por alguno de los chicos de enfrente.

Uno de éstos, con aviesas intenciones, se situó en la esquina de Cholo. Desde allí comenzó a hacer muecas a los de enfrente, burlándose de su tímido compañero y haciendo reír ruidosamente a aquellos. Cholo hacíase el desentendido.

— ¡Se lustra!... ¡Se lustra, caballeros!... — gritaba.

De pronto alguien le chistó. Corrió, pero el otro lustrabotas, más robusto y práctico, corrió con mayor ligereza hacia el cliente, conquistándolo. Cholo enrojeció ante el chasco sufrido. Lo de enfrente, que habían presenciado la manobra, reían con estrépito.

El otro, concluida la operación, volvió envalentonado junto a Cholo. Este le dirigió una mirada de reproche. ¿Por qué todos eran tan malos con él? ¿Qué les había hecho?...

El lustrabotas le preguntó, al sentirse mirado:

— ¿Qué hay? ¿Te debo algo?...

Cholo no respondió, sorprendido. El otro volvió a decir, encarándose resueltamente:

— Decí... ¿Te debo algo, eh?...

Los demás lustradores de botines se acercaron, sabedores de presenciar un espectáculo digno.

— ¡Le tenés miedo... ¡Pegá!... — gritó uno, acudiendo al compañero de Cholo. Aquél dirigió a éste una mirada despreocupada, escupió, y dejó explotar una carcajada.

— ¡Tenés miedo, tenés miedo!... — gritaron otros, enardeciéndolo.

Cholo miraba y escuchaba, sorprendido y temeroso. Vió que su enemigo dirigíase hacia él en actitud amenazadora. Levantó el codo para guarecerse de un puñetazo, mas no pudo evitar que otro le fuera descargado en el estómago. Se enderezó para defenderse; pero su contrincante era más vigoroso, y una acanada de golpes rompióse contra su cuerpo, haciéndole vacilar y caer.

El otro se alejó envejecido. Los demás contemplaban a Cholo, riendo burlonamente.

Levantóse éste, dolorido. Llevóse una mano a la nariz y retiróla humedecida en sangre. Sintió deseos de llorar; pero no lo hizo. Comprendió que si lo hiciese todos reírían aún más de él. Los hombres no deben llorar sus penas a la vista de otros, serían objeto de burla. Deben ahogarlas en su garganta y aparentar indiferencia. Todos los hombres deben ser inexpresivos en la ciudad, la inexpresión constituye su uniforme.

Cholo miró con tristeza a los que tan cruelmente lo escarneaban. Sintió deseos de decirles, así, buena, amigablemente:

— ¡Por qué me quieren mal? Yo quiero a todos y no causo daño. Deseo trabajar como todos ustedes. ¿Seríamos tan amigos?... Yo tengo hambre, mucha hambre, mucha... Mi abuelito también; de tanta que tiene está en cama. Por eso trabajo, para que me den monedas con qué comprar pan. ¡Vosotros tenéis también hambre, ¿verdad? ¿Qué feo es tener hambre!... Yo tengo mucha, pero mucha hambre!...

Y no les dijo nada. También comprendió que aquellas palabras aumentarían su risa.

Por fin dejáronlo. Llegado el mediodía, consiguió ejercer solamente por dos veces su flamante oficio. En uno de sus bolsillos cantaban los metales de dos piezas de diez centavos. Cholo estaba satisfecho; con aquellas monedas le sería posible comprar algo. Resolvió volverse a su casa.

Un mundo nuevo se agitaba ante sus ojos. Sintióse alegre, haciendo tintinear las monedas en el bolsillo. Las acariciaba; gozabase de sentir aquellos discos fríos entre sus dedos. Comenzó a experimentar un amor egoísta. ¡Si tuviera muchas monedas!...

Se introdujo en una panadería. Estaba desierta y detrás del mostrador había un hombre bigotudo.

— ¡Sin inmutarse, Cholo puso las monedas en el mostrador y dijo, con voz firme: — Quiero todo esto de pan... —

El hombre le dio los panes y guardó las monedas, sin dar mayor importancia a la operación. Cholo salió. Caminaba presuroso y su mente, más presurosa aún, acumulaba pensamientos, unos sobre otros, produciendo en la cabeza del niño un tumulto aturdirador, como si a cada segundo se derrumbaran montañas de ellos. Pensaba: ¡Qué contento se pondría Abuelito cuando lo viera regresar con los panes!... Comerían los dos juntos. Abuelo acostado en la cama y él sentado sobre ella. Abuelo no podía incorporarse para comer, entonces Cholo cortaría el pan en pedacitos y se los iría dando uno tras otro... Y los dos reírían, contentos... Cholo reíría más que Abuelito al ver el rostro interrogante de éste... Cuando le preguntara de dónde había traído aquellos panes, él lanzaría una carcajada y contaría todo... Siempre lustraría botines, y ya no pasarían más hambre... ¿Qué contento que estaba!...

Y acercábase corriendo a su conventillo.

Mas, llegado a éste, sintió que las miradas compasivas de los inquilinos se fijaban en él. Nunca notó que lo miraran así. Al contrario, jamás lo miraban y, si lo hacían, era con rabia y con maldad. ¿Cómo ahora, tan de pronto, lo miraban así? Cuando entró en su pieza, vió que había un grupo de mujeres rodeando el lecho de Abuelito. ¿Pero por qué sucedían cosas tan extraordinarias? Un súbito temor invadió su alma: ¿no se habrían reunido para comerse entre todos los dos panes, sin dejar nada a Abuelito ni a él? Las mujeres lloraban.

Cholo avanzó sorprendido. Dejáronle pasar, apartándose silenciosamente. Se fijó en Abuelito. Parecía dormir; pero estaba rígido y muy pálido. No se movió cuando Cholo le llamó. Había muerto horas antes.

Cholo experimentó, sin explicarse cómo, deseos de llorar. ¿Por qué no le contestaba Abuelito? ¿Por qué no se movía? Oyó que alrededor suyo repetían constantemente una palabra: muerto... muerto. ¿Había muerto Abuelo? ¿Era por eso que parecía un triste muñeco de celuloide amarillo? Muerto... muerto... ¿Luego, cuando se es muerto, no puede uno moverse, hablar, caminar? ¿Ya no podría abrazarlo Abuelito? ¿Había muerto!... ¿Y quién "hacia" los muertos? Pensó que alguien grande, muy grande y poderoso, ¿Quién, Dios?... ¡Dios! Sí, Dios.

Abuelito habíale hablado mucho de Dios. Dios lo había muerto. ¿Pero por qué había muerto Dios a Abuelito, que era tan bueno, que lo quería mucho? ¿Era malo Abuelito? ¡No! ¡Dios, Dios era malo!... ¡Y qué odio sintió Cholo por Dios, cómo lo odiaba!... ¡Abuelito había muerto, ya no lo abrazaría más!... — ¡Abuelito!... ¡Abuelito!... — sollozó.

Pero de pronto sintió un miedo absurdo de aquel cuerpo extraño, que había sido Abuelo. Dejó caer los dos panes, que rebotaron lúgubramente en el piso; y corrió a un rincón de la pieza.

Allí lloró, lloró largamente...

ARMANDO ENEAS

Por los Salones

Federico Mascías (Chandler)

Pintoresco y peregrino es el criterio empleado por nuestra crítica — la de los diarios grandes y serios — cuando juzga, opina, aconseja e intenta orientar. Y si esta facultad salomónica se aplica a los temperamentos juveniles, es el desbarajuste, que se produce inmanente. Lo cual nos sugiere un mundo de reflexiones. Una de las tantas — escogida al azar — es que ciertos críticos de arte, especialmente de las artes plásticas, con la misma ventaja y utilidad podían ejercer de dentistas, de profesores de química o dictar cátedras de anatomía comparada, o de faquines, supongamos también. El pintor Mascías podrá ser irremediablemente malo, podrá poseer todos los defectos inherentes a un principiante de pintor; pero el remedio que preconizan esos críticos para salvarlo, es mucho peor que la enfermedad.

Es cierto. En esos cuadritos de mucha pasta, nada hay que atraiga la atención. Se quiere hacer color, y las tonalidades son francamente opacas; es que al anularse los valores entre sí, dan una impresión de grisura sucia, de materia regrida. Ni hay calidades diferenciales ni hay atmósfera, ni nada hay que no merezca nuestra franca desaprobación. Lo intolerable es que, siendo aquellos óleos paisajes de Nahuel Huapi y de Córdoba, deba Mascías tomar como maestros, guías y mentores a Panozzi y a Fader. A este último, pase todavía. Mas el otro, un muchacho en formación, sin que haya realizado progresos sensibles desde unos años a esta parte, nunca puede ser presentado como un ejemplo excepcional de arte y de artista.

Pocos son los pintores de aquí que puedan ser presentados como modelos a las jóvenes generaciones; pero a los nombrados, y especialmente el artista de Nahuel Huapi, no les cabe la distinción de formar escuela, poseyendo en tan temprana edad discípulos espirituales.

Imaginemos que a un novelista argentino le propusiesen como maestro a un Manuel Gálvez, por el mero hecho que estudiara nuestro ambiente, o a muchas de las mediocridades doradas y famosas que pululan en nuestro ambiente, y afirmáramos lo absurdo de este fácil procedimiento de dar consejos.

Todavía hay que buscar ejemplos más altos, más elevados siempre, para que la juventud los tome como punto de partida y de un más allá. Si esto no se pudiese hacer, mejor que se abandonen a su propio temperamento a fin de salvarse por su solo esfuerzo.

Hay que insistir en que no tengan miedo de equivocarse ni de cometer errores si se mantienen fieles a sí mismos, si se manifiestan tales como son, sin careta alguna. Entonces, malos o buenos, serán diferentes. Lo peor es que recurran a otras fuentes para disimular sus errores.

Faustino Brughetti (Witcomb)

Este pintor parece que hubo de ser discípulo de Almafuerte. Apenas comprobar que muy pocas exposiciones hemos contemplado tan desprovistas de valores, de cualquier clase sean ellos: los pictó-

Esta mujer con nueve hijos



Esta mujer con nueve hijos se quedó viuda; y los diez por la vida van hoy de tumbo en tumbo, De zahurda en zahurda, de conchabo en conchabo, de desprecio en desprecio; van hoy estos diez bultos.

No es cosa de asombrarse: siempre parió sin cálculo la generosa entraña del suburbio.

No falta el que la ayuda y a la vez recrimina: — "¿quién no se da un derecho cuando alarga un mendrugo?" — "Mujer, qué macanoso llenarse así de hijos!"... La pobre hace una mueca, mirá a sus nueve cuceos, "¿Y qué hacer?", sólo dice, resignada, la pobre "¿Y qué hacer?" ¡Si lo mismo respondería el surco!

¿Y qué hacer? Tienes mucha razón, tú has dado hijos porque sí, como espigas de trigo dan los surcos. La sociedad les roba su pan a tus muchachos y la naturaleza te dió un vientre fecundo. ¿La sociedad o la naturaleza? ¡Vaya un dilema estúpido! ¿Qué sabes tú, la heroica madre de nueve hijos, de las aberraciones de los hombres impuros?

¿Y aun te recriminan!... Vosotros, razonantes: ¡Decidle al árbol que no tenga frutos!

Álvaro Jungue

ricos o los puramente plásticos, no existen; los espirituales, ¿cómo han de hallarse, si no hay continente, una forma o una dimensión corpórea que los cohesionen? No puede haber valores espirituales en una escritura que, pretendiendo ser literaria, es absolutamente deslabazada, manida y pedestre.

Si Homero dormitaba entre exámetro y exámetro, no es imposible que Almafuerte, en cuestiones de artes plásticas, roncase también.

Alberto Rossi (Witcomb)

Pese al sentimentalismo trasnochado del gran lienzo "Cristo ante el dolor humano", el *espiritualismo* o sea la religiosidad que quisiera sugerir el tema, toma aspectos cadavéricos, decididamente asqueantes y repelentes. Es la calidad pictórica que da esta sensación.

Es en vano que su maestro, Almafuerte, nos recomiende a su predilecto con estas palabras:

"De la competencia técnica, del talento de creación y del sentido estético del Sr. Brughetti yo puedo ser juez, porque conozco suficiente el arte que él profesa y porque soy quien soy"...

Es indudable que en esta exposición, Alberto Rossi, desde el cuadro que se conserva en el Museo Nacional, hizo un gran progreso, dentro de la limitación de su temperamento.

Su color posee gamas resueltas, su composición en general es más libre y su dibujo, en cambio, sigue siendo siempre el mismo.

Meramente descriptivo, copia, no interpreta ni realiza. Es justo el apotegma que afirma, que nadie cambia fundamentalmente en su parte temperamental. Rossi es el pintor que siempre hemos conocido, a través de sus envíos anuales; sola-

Capitalismo petrolero

(Conclusión)

El grupo Koninklyke-Shell

El grupo Koninklyke-Shell, o como se llama también, la Royal Dutch-Shell, ha surgido de la asociación de la Koninklyke Nederlandsche Maatschappij Exploitatie von Petroleumbronnen in Nederlandsch-Indie, con la Shell Transport and Trading Co. de Londres.

La Koninklyke fué fundada en 1890 con un capital en acciones de un millón cien mil florines; hoy cuenta con un capital en acciones de 600 millones de florines; de él fueron pagados completamente 351.457,000.

Originalmente era una compañía de producción y comenzó en 1892 con la explotación de los campos de Langkat, en Sumatra. Pero se hizo claro que la dominación de los medios de transporte y la creación de organizaciones para la venta podrían asegurar un gran desenvolvimiento a la compañía. Entró, por consiguiente, en relación en 1903 con una compañía rusa, la Societé Commerciale et Industrielle de Napite Caspienne y de la Mer Noire (Bnito) y con la compañía inglesa de barcos tanques y de venta Shell Transport and Trading Co. y fundó con ellas con participación igual la Asiatic Petroleum Co. Ltd., como organización para la venta de petróleo. Por entonces asumió la dirección de la empresa el actual director H. W. A. Deterding.

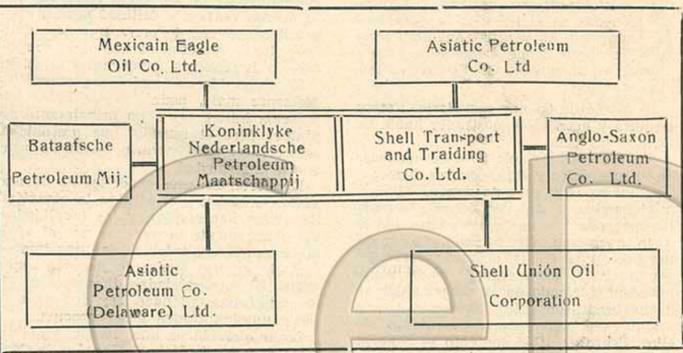
El desenvolvimiento del grupo anglo-holandés tuvo lugar de acuerdo a otras líneas que las seguidas por las compañías de Rockefeller; puso una atención especial en la producción del petróleo y en el aseguramiento de reservas amplias y distribuidas por toda la tierra, si era posible a no mucha distancia de las costas e independientemente de compañías de transporte extrañas.

Ese principio y las relaciones trabadas dieron pronto ocasión de conservarse frente a la difusión del trust de Rockefeller. Y Koninklyke y Shell se asociaron en 1907 en una íntima comunidad de intereses, tomando la Koninklyke una parte decisiva de las acciones de la Shell; pero ambas quedaron legalmente independientes. Se transformaron en puras compañías Holding, cuyos activos sólo consisten en la posesión de acciones, dejando a dos nuevas compañías sus instalaciones de producción, de transporte y de comercio, la Bataafschen Petroleum Mij holandesa para la obtención y elaboración del petróleo y la Anglo-Saxon Petroleum Co. Ltd. para el transporte, depósito y distribución. La organización comercial fué la Asiatic Petroleum Co. Ltd., ya fundada anteriormente. Todas esas compañías tienen el carácter de compañías Holding para sus sucursales de primera y segunda categoría. En ellas y en toda otra participación toman parte Koninklyke y Shell en la proporción 3:2, de manera que, considerado exteriormente, el capital holandés prevalece en ellas.

La Koninklyke extendió rápidamente su influencia. Ya en 1906 se fundó la Geconsolideerde Hollandsche Petroleum Co. para la explotación de los yacimientos rumanos, hoy la firma genérica de la Astra Romana. En 1910 el trust invade Rusia en 1911 Egipto, en 1912 Alemania, (Benzinwerke Regensburg). En el mismo año adquirió la mayoría de las acciones de la Bnito, de la Compañía para el comercio y la industria de la nafta de Masut, del grupo ruso de Rotschild. Y, simultáneamente, invasión del distrito petrolífero de los Estados Unidos (Oklahoma, Midcontinent) y Méjico (La Corona). En 1913 se posesionó el trust de todas las acciones de la California Oilfields. En 1914 son introducidos en su dominio de producción por la Venezuelan Oil Concession, Venezuela y Panamá, y al mismo tiempo los intereses norteamericanos fueron severamente perjudicados. En 1918 se le adhiere la Mexican Eagle Co. Durante la guerra consiguió la Koninklyke centralizar en sus manos una serie de sociedades rusas; pero la revolución rusa excluyó momentáneamente la acti-

vidad de las compañías extranjeras debido a la nacionalización de los campos petrolíferos. Después de la guerra la expansión territorial del trust adquirió un desenvolvimiento lento; hay que mencionar la adquisición políticamente tan significativa de los campos de Djambi en Sumatra. En Europa se esfuerza continuamente en el desenvolvimiento de sus organizaciones para la venta. En Francia trabajan la Soc. pour l'Exploitation des Pétroles y la Soc. Maritime des Pétroles, en los Estados auto-húngaros y en Polonia la Ned. Petr. Mij. Photogen, en Yugoslavia la Jugoslawische Petroleum A. G.; también toma parte la Koninklyke en la Internationalen Bergin Compagnie. El triunfo más importante de los últimos años fué la Concentración de los intereses norteamericanos por la integración de la Union Oil Co. of Delaware en la Shell Union Oil Corporation, de la que forman parte unas 150 compañías diversas.

También la Koninklyke se ha convertido en un pólo gigante como la Standard:



Pero la estructura y los principios comerciales dan una nota especial al grupo anglo-holandés. Significativo es el aumento rápido de su producción. La integración de la Mexican Eagle Co. hizo subir la producción de estas compañías después de la guerra a más de 5 millones de toneladas; en 1921 llegó a 6,5; en 1922 a 9; en 1923 a 14,7 millones de toneladas. Mientras que en 1922-23 la producción mundial de petróleo sólo aumentó en un 19 por ciento, la Koninklyke pudo aumentar su explotación un 63 por ciento.

Otro apoyo importante lo tiene la Koninklyke en su organización del mercado y del transporte. Puede almacenar cantidades enormes de petróleo y transportarlas rápidamente en vapores propios a las regiones donde es mayor la demanda y el precio. La flota propia permite a la sociedad elaborar en sus refinerías de la India holandesa el petróleo en bruto barato de los campos mejicanos y de California y vender los derivados con gran ganancia en los mercados orientales.

Las ganancias, tanto de la Koninklyke como de la Shell, parecen, según los dividendos, superiores a las de la Standard Oil Co.; en el período de la post-guerra oscilaban entre 25 y 45 por ciento. Pero la política de los dividendos se distingue profundamente en la compañía anglo-holandesa y en la Standard. El trust americano sólo entrega un fragmento de la ganancia en dividendos; en el grupo de la Koninklyke Shell se distribuye casi totalmente la ganancia, mientras que los medios para la ampliación de la empresa son recogidos mediante lanzamiento de nuevas acciones. Esa conducta comercial se vengará ciertamente en un tiempo no lejano, porque con ese sistema los dividendos serán cada vez menores. Ya en 1921 se han debido pa-

gar una parte de los dividendos con nuevas acciones y la venta, en junio de 1922, de 1.200.000 libras esterlinas de acciones Shell, parece que ha sido necesaria por falta de moneda efectiva para el pago de los dividendos.

El trust Apoc

Una institución característica — característica en historia y en la estructura — es el tercero de los grandes trusts petrolíferos, la Apoc o Anglo-Persian Oil Company. Ese trust petrolero inglés, tan importante política y económicamente, es en último resultado sólo una sucursal de la Burmah Oil Co., que tiene una gran influencia en ella mediante la cantidad considerable de acciones que posee, mientras que la Apoc no posee ninguna acción de la Burmah. Pero la criatura, al principio endeble en apariencia, se ha desarrollado a la categoría de dama vigorosa y ha superado con mucho a la madre. Su capital asciende hoy a más de 20 millones de libras esterlinas. Desde 1914 ha invertido 19 millones de libras esterlinas de sus entradas y ha pagado 9 millones y medio de dividendos e intereses de obligaciones.

También la Apoc surgió en la lucha contra la concurrencia de la Standard Oil Co. Antes de la Royal Dutch-Shell, la empresa petrolera inglesa más importante era la Burmah Oil Co. Ltd. Glasgow, fundada en 1886, que explotaba los cam-

dió fabulosamente y en el año 1918-19 tuvo ya un millón de toneladas más que el año anterior; he aquí las cifras:

1919/20	1,4	Millones de toneladas
1920/21	1,7	" "
1921/22	2,3	" "
1922/23	3,0	" "
1923/24	2,7	" "
1924/25	4,5	" "

El aparato de la organización del trust puede alcanzar una extracción anual de 5 millones de toneladas; por tanto, casi ha sido completamente utilizado. Desde 1922 se ha independizado la Apoc de la Koninklyke en el transporte marítimo y en el comercio mediante una flota propia de 240 barcos con más de un millón de toneladas de capacidad y diversas compañías para la venta.

El dominio de la actividad de la Apoc supera hoy la Persia y la Mesopotamia. La D'Arcy Exploitation Co. excava en todas las comarcas del mundo en busca de petróleo y funda compañías de producción. El gobierno inglés le traspasó, de la posesión confiscada del Banco Alemán, las organizaciones de transporte y de venta de la Europaeischen Petroleum Union; la British Petroleum Co. — "B. P." es hoy la marca comercial de la Anglo-Persian — la Homelight Oil Co. y la Petroleum Steamship Co. En Escocia se asoció las compañías de producción y las refinerías y fundó para la venta de su productos la Scottish Oils Agency Limited. Para el continente europeo creó compañías especiales para la venta en los países escandinavos, en Francia, en Bélgica, y participó de acuerdo al convenio de San Remo en la ex-compañía alemana Steaua Romana en Rumania. Otras zonas en las que se toma parte con éxito mayor o menor, están en Venezuela, Méjico, Trinidad, Argentina, Africa, Australia y desde hace poco en Albania.

El capitalismo petrolero en los demás países.

Los demás intentos de justificación no pueden ponerse ni con mucho a la altura de los tres trusts manmüt. La significación universal les escapa. Sin embargo han influido mucho, con frecuencia, en el mercado y en el desenvolvimiento capitalista en los diversos países.

En Rusia se ocupaban antes de la guerra casi 200 compañías de la industria petrolera, entre ellas 12 de grandes proporciones, con una producción anual de más de 10 millones de puds. En 1912-13 se juntaron esas compañías en tres grupos: el grupo inglés Shell, que adquirió también los intereses franceses de Rothschild, con 11,8 por ciento de la producción, la Russian General Oil Corporation, 12,8 por ciento de la producción, y el grupo sueco de Nobel, donde tomaba parte también capital alemán, con 14,2 por ciento. Desde el comienzo de nuestro siglo se inició el retroceso de la producción de petróleo en Rusia. En 1900 extraía el 51,3 por ciento de la producción mundial, hoy está en tercer puesto, mucho detrás de Méjico. Su descenso máximo fué en 1920, que sólo obtuvo 17,3 millones de puds. Desde entonces se constata un lento crecimiento, hasta 375 millones de puds en 1924 (62 por ciento de la producción anterior a la guerra), de manera que en los próximos años se podrá volver a contar con las cifras de los tiempos de paz; pero hay que tener en cuenta que entretanto la producción petrolera en las demás zonas se ha multiplicado. Sería falso atribuir ese retroceso simplemente a la revolución y hacer responsable de la misma a la política económica de los bolcheviques que nacionalizó todos los yacimientos y formó el Anephit (trust de la nafta de Azerbeidzhan). El retroceso se hizo notar ya antes y tiene su base seguramente en el agotamiento creciente de la zona de Bakú. Pero ante todo, ya antes de la revolución, durante la guerra misma, habían sido muy descuidadas las máquinas y las refinerías. No se podían recibir materiales para las reparaciones; utensilios para la perforación no los había; la exportación era imposible. Así, pues, las perforaciones o bien se paralizaron por completo o se descuidaron, mientras que los tanques estaban repletos. En el propio país se acrecentaron las dificultades para la venta mediante la disminución en los últimos años de la capacidad adquisitiva de la población; en 1914 correspondían a

cada habitante ruso 17 puds de petróleo combustible, en 1922-23 sólo 5,3/4 puds Hoy Alemania recibe la mayor parte de la exportación de petróleo ruso.

El capitalismo petrolero alemán de antes de la guerra surgió de la aspiración de colocar el exceso de capital financiero en empresas petroleras prometedoras, pero ante todo por la fuerza de la defensa frente a la concurrencia norteamericana. Como la propia producción sólo tenía en Alemania cortas proporciones, el capital alemán tomó parte principalmente en empresas extranjeras. Las empresas petroleras más importantes se agruparon en torno al Banco Alemán (Deutsche Petroleum A. G. — Depag) y a la Diskonto-Gesellschaft (Deutsche Erdöl A. G. — Deag).

La Deag poseía hasta 1913 casi todos los yacimientos petrolíferos de Alemania y participaba de un modo considerable en Rumania y en Galitzia; Deutsche Petroleum A. B. fué fundada en 1904 como compañía Holding y tomaba parte decisiva en la Steaua Romana, en la compañía petrolera húngara, en los yacimientos rusos y de Galitzia; como compañía para la venta firmaba Europäische Petroleum Union G. m. b. H., (Epu).

La guerra destruyó la base productiva de ambas compañías. Pechelbrunn, en Alsacia, y lo mismo Galitzia, cayeron en manos del capital francés, la Steaua Romana y la organización inglesa para la venta integraron la Anglo-Persian Oil Co. Por eso fué necesario parcialmente ya durante la guerra la transformación de ambos trusts.

El bloqueo de Alemania durante la guerra mundial hizo que la Deag se aplicara a la elaboración de petróleos minerales de carbones inferiores y se asoció un gran número de compañías carboníferas. El director general, muerto hace poco, Nollenburg, intentó en 1921 agrupar las empresas petrolíferas europeas y participar en los yacimientos aun libres fuera de Europa. Bajo la dirección de la Deag se fundó la Internationale Petroleum Union Zurich (IPU) con un capital de 210 millones de francos suizos en acciones, junto con la Soc. des Pétroles de Dabrowa-Paris, de la Soc. Financière Belgo-Bruselas y el grupo checoslovaco de Liebig. Pero la Ipu ha sido luego desintegrada, la Deag volvió a su independencia y la Ipu quedó sólo para las empresas ultramarinas en Argentina y Méjico. A la Deag pertenecen ante todo la industria alemana de petróleo mineral Wietze (producción de petróleo), la Rositzer Braunkohlenwerke A. G. (elaboración de carbón vegetal) y la compañía Graf Bismarck (elaboración del carbón de piedra).

La Deutsche Petroleum A. G., después de algunos cambios de nombre, ha sido fundada de nuevo en 1922 por el Banco Alemán. En los años de la inflación existía el plan de agrupar la Deag y la Depag bajo un nombre común en Holanda con fuerte participación de capital extranjero. Pero las negociaciones fracasaron. La Depag rechazó las participaciones rumanas, húngaras y galitizianas. Del viejo trust no quedó, pues, mucho y la compañía se transformó poco a poco, como la Deag, para la elaboración de creta oleífera y de carbones bituminosos. La enorme posesión de la Deag en divisas le permitió la asociación en 1913 con las Ruetgers-Werke A. G. Como una fusión hubiera sido muy costosa, se concertó simplemente una comunidad de intereses que tiene validez hasta el 21 de diciembre del año 2000. La sociedad general recibió el nombre de Deutsche Petroleum-und-Ruetgers-Werke A. G. Con la integración de la Ruetgers-Werke participan ahora en los intereses del petróleo la Berliner Handelsgesellschaft, la Schaaffhausensche Bankverein y la A. E. G.

El trust de petróleo más reciente se formó dentro de las empresas de Hugo Stinnes. Principalmente en la Hugo Stinnes-Riebeck-Montan A. G., cuyo punto de gravedad está en la elaboración del carbón vegetal para la obtención de petróleos livianos y pesados. A esa compañía general pertenece la A. G. fuer Petroleum Industrie (Api), que posee vastas refinerías, depósitos y puestos de venta en Alemania. Con la Api está en relación la Erdöl-und-Kohlenverwertungs A. G. (Evag). Hugo Stinnes tiene también un influjo decisivo en la Olea-Mineralölwerke A. G., de Francfort. Además adhiere a sus intereses petroleros la A. G. Hugo Stinnes fuer Schiffahrt und Ueberseehandel; le pertenecen grandes instalaciones de tanques y

concesiones petroleras en Argentina y Bolivia. De gran significación será posible también la comunidad de intereses que une a Hugo Stinnes con el trust norteamericano Sinclair.

GEORG ENGELBERT GRAF



A. SCHAPIRO

Las internacionales sindicales

AMSTERDAM, MOSCU, BERLIN

Uno de los primeros actos de la F. S. I. fué adherirse al Bureau Internacional del trabajo, ese órgano adormidera del proletariado que estableció expresamente la Sociedad capitalista de las naciones para amansar a los jefes reformistas del movimiento obrero internacional y arrastrarlos a una política de colaboración con los capitalistas y con el Estado... en detrimento palpable de la clase obrera.

Cuando, en Inglaterra, el partido laborista llegó al poder, ¿de dónde extrajo los ministros? Los Shaw y Thomas debieron presentar su dimisión del ejecutivo de la F. S. I. para entregarse enteramente a los asuntos gubernamentales, prestar juramento al rey Jorge V y no mantener ninguno de los juramentos que prestaran de tanto en tanto a la clase trabajadora.

Cuando en Francia el bloque de las izquierdas obtuvo la mayoría parlamentaria en las elecciones del 11 de mayo de 1924, ¿entre qué elementos halló el gobierno democrático un apoyo regular y sistemático, sino en el seno de la C. G. T.? Joughaux, el secretario general de la C. G. T., vicepresidente de la F. S. I., se convirtió en el dependiente viajero del gobierno francés en Ginebra, donde toma parte en las diferentes comisiones de la Sociedad de las Naciones; y el jefe del gobierno francés no ha dejado de agradecer a León Joughaux por el apoyo que éste prestó en nombre de la C. G. T. a la obra democrática del gobierno burgués.

Por otra parte, los dirigentes de la F. S. I., que atacaban a la I. S. R. por las relaciones íntimas de ésta con la Internacional comunista, no obran ellos mismos de distinto modo frente a la Internacional socialista, con la cual están íntimamente ligados. Las reuniones en común de las comisiones de la F. S. I. y de la Internacional socialista (llamada "obrero") se han hecho e rigor, y desde el punto de vista de la alianza moral y permanente, el bloque de la F. S. I.—I. O. no tiene nada que envidiar al bloque de la I. S. R.—I. C.

Sometidas a las influencias políticas de los partidos socialistas y comunistas, las organizaciones sindicales de todos los países se han convertido en instrumentos dóciles de la alta política del Estado que realizan en la hora actual los partidos marxistas — democráticos o dictatoriales. La clase obrera se ve más y más envuelta por el pseudo-socialismo y el pseudo-revolucionarismo del estatismo contemporáneo.

En esa lucha por la conquista del Estado que sostienen a cual mejor lo órganos de la I. S. R. y de la F. S. I., bajo la cubierta delicadamente transparente de los partidos políticos de que son los apéndices caudales, la clase obrera organizada pierde poca a poca toda su independencia combativa; es arrastrada por el torbellino de su propia destrucción. Carne de cañón y de explotación capitalista hasta aquí, se convierte ahora, además, en carne de explotación política: en el primer caso en provecho de la camarilla dirigente hoy, en el segundo en provecho de la camarilla dirigente mañana — pero ni hoy ni mañana en provecho de sí misma, de su propia emancipación de unos y de otros.

¿Cuáles son las consecuencias de esa doble opresión? La F. S. I. atraviesa una crisis moral aguda: numéricamente una organización impresionante, se disgrega gracias a su conglomerado amorfo y a la indiferencia más y más marcada de la gran mayoría de sus miembros. Los militantes de la F. S. I. dejan ir sus miembros a la deriva — no se cuidan apenas de ellos. Algunos de éstos pasan al enemigo... moscovita.

La F. S. I. es un gran ejército sin jefes y sin espina dorsal, sin hombres que puedan ser los abanderados de un movi-

miento, sin una ideología que pueda soldar sus fuerzas.

En cuanto a la I. S. R. es todo lo contrario, bajo este aspecto, de la F. S. I., careciendo totalmente de ejército — la sindicación obligatoria de la clase obrera rusa no puede tenerse en cuenta — no posee más que generales encarnizados en mandar, en dirigir, en ordenar... y en llevar al proletariado, bajo la cubierta de su emancipación económica, a una esclavitud integral — económica tanto como política. Veremos más lejos las tentativas que la I. S. R. hace para encontrar en el seno de la F. S. I. el ejército que le falta.

La Asociación Internacional de los Trabajadores es la única que ha sabido conservar su autonomía y su independencia completas frente a todos los partidos y a todas las tendencias políticas que, de un modo u otro, tratan de bienquerarse con el proletariado para engañarle en la primera ocasión.

Como hemos visto, los principios mismos de la A. I. T. son tales que no pueden engendrar en su seno una enfermedad de orden político. La nueva *charte* del sindicalismo revolucionario antiestatista, sobre la cual se basa toda la actividad de la A. I. T., no sólo echó los cimientos de una táctica revolucionaria para hoy y para el día siguiente de la revolución proletaria, sino que ha dado también la ideología antiautoritaria y antiestatista al sindicalismo de lucha de clases que, hasta aquí, se mantenía al margen de toda concretización del ideal final de la sociedad humana, gracias a lo cual se convertía en presa fácil de los políticos.

Esta ideología aproximó el sindicalismo revolucionario — en tanto que movimiento de emancipación de la clase obrera oprimida — a la ideología del comunismo libertario. Esa aproximación pareció espantar tanto a ciertos sindicalistas revolucionarios como a ciertos anarquistas. Los primeros veían delinearse ante ellos el espectro de la anarquía que, a través de las anteojeras de ciertos anarquistas *sui generis*, se convertía en el nuevo ogro político dispuesto a devorar el hijo sindicalista que se rehusaba siempre a volverse adulto. Los segundos veían, al contrario, con desconfianza, la intraducción de esas masas organizadas de la clase obrera en la arena antiestatista y comunista libertaria, temiendo la infección del virus reformista y, por lo tanto, el mancillamiento de la immaculada anarquía.

El sindicalismo antiestatista, ciertamente, deberá estar en lucha incesante contra los apetitos de los partidos políticos de toda categoría que tienen por fin principal la conquista de la máquina del Estado y, por consiguiente, la conquista del poder político y económico, haciendo de la clase obrera un instrumento dócil que le permitiera alcanzar esos fines. Pero el espectro de la anarquía no debía enfurecerle de ningún modo. Imbuido de los principios federalistas y antiautoritarios de la primera Internacional bakunista, debe, al contrario, poder encontrar una base de entente y de coexistencia con los movimientos que, aun haciendo ciertas reservas sobre el papel preponderante de la lucha de clases, consideran, con nosotros, que la abolición del patronato y del Estado es una condición primordial de la liberación de los trabajadores del yugo capitalista y gubernamental. Esa base de entente es tanto más necesaria en los que se oponen categóricamente a la manumisión de las organizaciones económicas del proletariado, aunque fuese por un organismo que no aspirase a la conquista del poder.

De las tres Internacionales obreras la A. I. T. es la única que garantiza por su constitución misma la independencia del movimiento obrero y que, por la for-

mente que ahora se presenta mejorado y corregido.

Elio no es poco, por cierto. Entre otros, que a la misma altura se detienen y escataman, anquilosándose definitivamente, quiecen caminando lentamente marcha, es merecedor de alabanza.

No hallándonos de acuerdo en nada con sus puntos de vista pictóricos ni con su visión superficial de la vida, reconocemos el esfuerzo y constancia que significan estos progresos.

No somos quienes pedimos a nadie que dé lo que no ha poseído; ni exigimos de nadie una exasperación de los sentidos para torturar la realidad.

Nos basta que el banal se muestre en la plenitud de su banalidad, en su obra, para que le concedamos nuestra estima, ya que no pretende engañar a nadie.

Ideas y reflexiones

La evolución moral de la especie humana tiende a que el hombre halle su complemento en la humanidad.

La anarquía involucra, en sus postulas morales y sociales, esa era de la civilización que lleva, como ideal de justicia y de redención social, el mayor bien y la mayor felicidad para todos los seres humanos.

Pero mientras en las sociedades humanas no exista esa condición de mutua reciprocidad y solidaridad entre el individuo y la especie, entre la parte y el todo, la vida de los seres humanos se debatirá en el círculo vicioso del autoritarismo donde se malogran las mejores posibilidades de perfeccionamiento que laten y palpitan en lo más íntimo de la naturaleza humana. Todo aquello que entorpece e imposibilita o detiene las manifestaciones del espíritu que propiamente la vida de los hombres hacia un estado de mayor solidaridad social entre los hombres todos del universo, es un síntoma inequívoco de degeneración moral.

Moral es todo aquello que favorece el desenvolvimiento de las aptitudes, de los sentimientos e ideales que contribuyen y estimulan al individuo y a la especie a establecer condiciones sociales y medios adecuados para que la vida de la humanidad pueda alcanzar el mayor grado de bienestar general.

La vida social es la manifestación del principio moral que caracteriza y distingue al hombre de los demás animales.

El instinto de sociabilidad precede las manifestaciones de la vida universal.

El hombre está en la voluntad; por eso el hombre es un ser moral. Este es el único poder, la única facultad que rige los destinos humanos y hace posible la vida social de los pueblos.

El hombre es el conocimiento, es decir, la medida de lo que conoce, de lo que siente, de lo que entrevé.

La vida no es más que lo que somos nosotros mismos.

ANDA

¡Hermano!

Oyeme, escuchame. Sí, hermano; por infame que tú mismo te creas; por cínico y malvado que tú mismo te supongas; por perverso y degradado que tú mismo te sientas, escuchame. Aunque seas ladrón o burgués; aunque seas asesino o militar; aunque seas el más temible de los delincuentes o el más abyecto y malvado de los carceleros; escuchame. No me importa que seas rufián o policía, diputado o lacayo, mendigo o millonario, fraile o comerciante, no importa. Escuchame: Tú podrías ser lo que quieras, un santo o un bandido, esto no importa; hermano, entre el juez y el delincuente no hay más que una circunstancia: ¡El azar! Y bien, hermano; seas lo que fueres, yo os grito a todos: ¡Sois unos desgraciados, más dignos de lástima que de desprecio! ¿Y quieres saber el por qué? ¡Ah! Escuchame, hermano; asómate al infinito de tu propia vida y mira el fondo sin fondo de tu propio ser, si sientes, si haces repercutir en lo más íntimo de tu propia naturaleza este grito: ¡Hermano!, entonces, seas lo que fueres, te has salvado; eres un hombre. ¡Hermano! la anarquía invita!

¡Salud!

ma de su organización y por los principios que rigen su actividad está garantizada contra la influencia en su seno de los politicantes y de la política.

VIII.—Fusionismo y confusiónismo.

Desde la revolución rusa de octubre de 1917, los bolchevistas no han cesado de proclamar su determinación de dirigir no sólo la clase obrera rusa, sino también, por intermedio de los partidos comunistas nacionales y de la Internacional comunista, la clase obrera mundial.

Con ese fin su primera táctica fué, por una parte, romper el movimiento sindical, y por la otra, atraer hacia sí los elementos revolucionarios del seno de la clase obrera. Como hemos visto, las dos tentativas fracasaron miserablemente, sobre todo la última. Los comunistas no se desalentaron por tan poco; reemplazaron la palabra de orden de escisión por la de unidad sindical, porque todos los medios son buenos siempre que se pueda llegar al propósito concebido.

Con su nueva consigna de unidad sindical, los comunistas han encontrado un terreno más susceptible de ser cultivado. La unidad sindical ha tenido siempre un atractivo instintivo en las filas de la clase obrera organizada. Los comunistas especulan sobre este instinto robusto de los trabajadores y ven ya despuntar en el horizonte la posibilidad de torzar la mano a la Internacional sindical reformista, de hacer fusionar la F. S. I. con la I. S. R. y de poder, dentro de poco, acaparar el movimiento sindical mundial en provecho de la Internacional comunista, en provecho, sobre todo, del Estado bolchevista.

La proposición de la unidad sindical—idea surgida en el seno de la Internacional comunista—ha introducido una confusión inextricable en las filas sindicales. Todo el mundo habla de unidad: la gran masa más o menos inerte de los trabajadores organizados que no quieren saber nada de comunismo, y los comunistas que no quieren saber nada de reformismo. Pero mientras que esto es un instinto natural que dicta las aspiraciones de los primeros, no es más que por cálculo político que tratan los últimos de alimentar esa unidad sindical.

Esa epidemia se desarrolló sobre todo en Francia, donde la tradición sindicalista no puede soportar más de una organización sindical. Los comunistas de la C. G. T. U. juegan sobre esa tradición, la explotan constantemente, en la esperanza de acaparar el movimiento obrero francés entero, haciéndole servido obediente de la sección francesa de la Internacional comunista.

Pero el fenómeno más curioso en la historia moderna de la unidad sindical es la devoción y la prisa con que la central sindical rusa se prepara a entrar en la Internacional reformista de Amsterdam.

En ocasión de la visita a Rusia de la delegación de las Trade Unions inglesas a fines de 1924, se emprendió por la central obrera rusa una gran campaña de fusión de las Internacionales de Amsterdam y de Moscú; tras la central obrera rusa se ocultaba la I. S. R. endeble y moribunda, que no espera más que la entrada de la central rusa en Amsterdam para exhalar su último suspiro.

¿Qué sucederá el día en que los elementos moscovitas del movimiento sindical integren la Internacional reformista? Apenas se puede uno imaginar el caos que reinará en esa "unidad" sindical. No olvidemos que la F. S. I. está en relaciones muy estrechas y seguidas con la segunda Internacional y que los miembros de la central obrera rusa y de la C. G. T. U. francesa están estrecha e íntimamente ligados a la tercera Internacional. Con esos dos grupos político-sindicales que cada cual tira de su lado se puede prever una serie interminable de luchas intestinas que debilitarán inmensamente la potencia de resistencia de la clase obrera despeñada en su propia casa por esas dos aglomeraciones políticas. No olvidemos tampoco que los dos partidos políticos internacionales, de los cuales los organismos sindicales no son más que instrumentos benevolentes y abnegados, no tienen de ningún modo la intención de fusionarse. Está, pues, claro que la fusión de los apéndices sindicales no es más que una trampa con la cual se quiere saciar la sed de unidad que arde en el seno de las grandes masas.

Estas luchas intestinas engendradas por la ingerencia de los políticos en la vida de los sindicatos tendrán por motivo supremo y único la conquista del poder por los sindicatos. Es, pues, indudable que, lejos de llegar por la fusión de las dos Internacionales de Amsterdam y de Moscú, a un cierto grado de unidad sindical de un valor positivo cualquiera, esa fusión implicará en sus consecuencias una era de confusión extrema en las filas del proletariado y una epidemia de intrigas políticas que amenazarán la existencia misma de todo movimiento sindical.

La palabra de orden de unidad sindical no es ni más ni menos que una palabra de orden escisionista a outrance que lleva a la descomposición y a la disgregación completa del movimiento obrero. La orden de la fusión proclamada en Moscú, no lleva en sus consecuencias más que al desorden y a la confusión (1).

IX.—La bandera de la primera Internacional.—

En 1872 murió el ala marxista de la primera Asociación Internacional de los Trabajadores. El ala bakuninista sobrevivió a ésta algunos años y durante esos años no desperdició nunca la ocasión de insistir sobre las dos bases fundamentales del movimiento obrero revolucionario: el federalismo y el antiestatismo. En el congreso de la Federación romana de la primera Internacional que se celebró en la Chaux-de-Fonds en abril de 1870, la resolución siguiente, que indica claramente el espíritu de que estaba imbuida la Internacional bakuninista, fué adoptada (2).

"Considerando que la emancipación definitiva del trabajo no puede tener lugar más que por la transformación de la sociedad política fundada en el privilegio y en la autoridad, en sociedad económica fundada sobre la igualdad y la libertad;

que todo gobierno o Estado político no es otra cosa que la propagación de la explotación burguesa, explotación cuya fórmula se llama derecho jurídico; que toda participación de la clase obrera en la política burguesa gubernamental no puede tener otros resultados que la consolidación del orden de cosas existente, lo cual paralizaría la acción revolucionaria—socialista del proletariado;

El congreso romano recomienda a todas las secciones de la Asociación Internacional de los Trabajadores que renuncien a toda acción que tenga por fin operar la transformación social por medio de las reformas políticas nacionales y que dirijan toda su actividad a la constitución federativa de los cuerpos de oficio, único medio de asegurar el éxito de la revolución social. Esa federación es la verdadera representación del trabajo que debe tener lugar absolutamente fuera de los gobiernos políticos".

Medio siglo más tarde, en el congreso constituyente de la A. I. T. en Berlín, en 1922, los sindicalistas revolucionarios, que permanecieron fieles a los principios del federalismo y del antiestatismo, no pudieron sino confirmar de nuevo su actitud de oposición consciente a toda dominación política de la clase obrera. La última declaración de principios de la A. I. T. no era más que un eco de la de La Chaux-de-Fonds:

"Sólo en las organizaciones económicas revolucionarias del pueblo trabajador está la fuerza capaz de realizar su emancipación y la energía creadora necesaria para la reorganización de la sociedad sobre la base del comunismo libre".

Es así como se estableció la continuidad ideológica de la primera Internacional en la Asociación Internacional de los Trabajadores. La bandera de la primera ha pasado a manos de la segunda. La lucha comenzada hace 50 años contra los políticos y los autoritarios bajo los pliegues de la bandera federalista y antiestatista, continúa siempre, dirigida esta vez bajo los pliegues de la nueva bandera de la Asociación Internacional de los Trabajadores.

Es bajo esa bandera que están llamados hoy a colocarse en filas cerradas todos los trabajadores manuales e intelectuales que quieren acabar con todo gobierno, con toda dominación política o económica, con toda democracia hipócrita y engañadora, con toda dictadura, sea mussoliniana o leninista, todos aquellos,

en una palabra, que son adversarios irreconciliables de la conquista del poder y del centralismo estatista.

El deber más urgente de todos los revolucionarios inspirados por el espíritu anticentralista y antiestatista, es cerrar filas en las organizaciones económicas de combate, reforzarlas y, rechazando lejos de ellas el reformismo democrático de Amsterdam y el revolucionarismo dictatorial de Moscú, aumentar la fuerza de acción de la A. I. T. en el seno de la cual se reúnen todas las organizaciones sindicalistas revolucionarias y antiestatistas que ponen en práctica los principios de la primera Internacional.

(1) Si el segundo congreso de la A. I. T. (Amsterdam, 21-27 de marzo, 1925) ha tomado posición con respecto a esa pseudo-unidad sindical, la moción adoptada por el congreso sobre la actitud fren-

te a los diferentes partidos políticos concluye como sigue:

"Ante esa situación llena de peligro para la clase obrera mundial, el segundo congreso de la A. I. T. considera que es del deber de los sindicalistas revolucionarios:

continuar más enérgicos que nunca la obra de reagrupación de las organizaciones obreras antiautoritarias sobre la base de los principios del sindicalismo revolucionario, tales como están enunciados en los estatutos de la A. I. T.;

no participar en ninguna comedia de unidad sindical emprendida por los que desean sofocar el movimiento obrero convirtiéndolo en presa de los partidos políticos, cualesquiera que sean;

agrupar en torno de la A. I. T. todas las fuerzas revolucionarias sindicales antiestatistas del mundo entero".

(2) "Memoire de la Fédération Jura-sienne, Sonvilliers, 1873, pág. 128.



Páginas íntimas

A Heri Roorda van Eysinga

París, 13 de diciembre de 1893.

Mi querido amigo:

Al trazarme una línea directriz de pensamientos, de moral y de conducta, me he dicho siempre: Sé tú mismo; defiende tu personalidad frente y contra todos; que tu mano se levante contra el que atente a tu libertad y a tu dignidad.

Sé bueno, puesto que los demás te ayudan a vivir; sé justo, puesto que los demás son otros tú mismo. Sé siempre lleno de un espíritu de justicia perfecta hacia todos; respétalo todo en la plena medida de la libertad. No juzgues o no intervengas más que en ocasión de un atentado contra ti, tu hermano o tus hermanos.

En el ejercicio de tu actividad, conoce tus fuerzas, dosifícalas, ve de qué modo puedes ponerlas mejor en acción para el bien común. Si obras sobre todo por la fuerza del pensamiento, haz pensar a los otros; si vales por la bondad, la ternura, haz amarlas a los demás; si eres un hombre de acción, obra con los demás y por los demás.

Pero en todas partes donde hay injusticia, hay reivindicación. Acterna vindictio! Se recuerda Vd. sin duda del bello grito de Proudhon, al hablar del sacerdote que iría a bautizar a su hijo: "¡Mataré al sacerdote!" ¿Lo hubiese hecho? ¡Poco importa! basta que haya tenido el derecho a hacerlo.

Del mismo modo, todo oprimido, todo desgraciado, todo hombre privado de sol y de aire, de libertad o de estudio, todo ser lesionado en su existencia y en su derecho, todos tienen derecho a levantar la mano contra el opresor. Un pequeño número lo hace sólo porque la bondad, la simpatía humana, el espíritu de solidaridad lo impiden, pero el derecho estricto no por eso subsiste menos. Más aún, el desgraciado por causa ajena tiene derecho contra mí, que soy un dichoso, y de antemano, d.ré: "Está bien hecho".

He ahí cómo veo las cosas de una manera general, sin ocuparme de los casos particulares.

Cordialmente suyo — E. Reclus.

Al redactor jefe de "La Réforme", de Bruselas

Marzo de 1894.

Señor:

Leo en su número del 19 de marzo, que los periódicos de París piden con insistencia mi prisión. Permítame hacerles saber por su intermedio, que si se lanza un mandato de captura contra mí, no me escudaré en el hecho de que serías ocupaciones me llamaron a Bélgica. Abandonando inmediatamente mi traba-

jo, iré a presentarme ante los jueces, no para dar satisfacción a los ladrones de las letras, sino por un sentimiento personal de mi deber y por respeto a mis convicciones. No es que la prisión me atraiga, pero hasta en la prisión misma puedo acabar dignamente una vida que sé honorable.

Reciba la expresión de mis sentimientos respetuosos.

EUSEO RECLUS.

BIBLIOGRAFIA

Kropotkin P. "Ética, origen y evolución de la moral, un vol. de 378 págs. en 8°. Traducción directa del ruso por N. Tasin. Editorial Argonauta, Buenos Aires, 1925.—

Esta obra, tanto tiempo esperada, no necesita nuestros comentarios; en estas mismas columnas apareció, en ocasión de su edición alemana, un hermoso artículo de Max Nettlau sobre la historia de esa obra póstuma de Kropotkin y sus valores fundamentales. Comparando esta traducción con la traducción alemana, es preciso reconocer que el estilo sencillo de Kropotkin ha sido mejor conservado en la traducción de N. Tasin; la necesidad de las traducciones fieles, que echamos tanto de menos al hojear libros de Kropotkin tan fundamentales como *El Apoyo Mutuo*, se siente cada vez más apremiantemente y, en ese sentido, la edición española de la *Ética* constituye un buen signo de progreso en el manejo de nuestra literatura.

Es de lamentar que no haya sido incluido en este volumen el poco de material destinado a la segunda parte, interrumpida por la muerte del autor; son unas cuantas páginas más y habría sido agradable tener toda la labor de Kropotkin sobre la *Ética* planeada, en un solo tomo, dado que un segundo tomo no existe.

En breve aparecerá en francés la obra completa, y en inglés, y según nuestras noticias se planea igualmente una edición italiana. Si nos faltase otro índice para medir la magnitud de las fuerzas libertarias, tomaríamos ese solo hecho de la difusión espontánea y rápida de nuestros buenos libros, para afirmar que, numéricamente, nuestro movimiento ha hecho indudables progresos.

La misma editorial anuncia el propósito de la edición de las *Obras completas* de Kropotkin; ya que nuestra época no se caracteriza precisamente por la labor creadora, sepamos siquiera poner a contribución de nuestro movimiento el pensamiento de los que nos precedieron; esos viejos libros que representan la cima de la idea revolucionaria de un tiempo, sabrán gestar una mentalidad joven en las generaciones venideras de las huestes de la libertad.

D. A. de S.